

burlones con exceso; y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.

CAPITULO V.

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes: lo que aprendió: su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.

ACABE mi gramática, como os dije, y entré al máximo y mas antiguo colegio de S. Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la direccion del Dr. D. Manuel Sanchez y Gomez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aun no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aun no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aun se oía discutir sobre el *ente de razon las cualidades ocultas y la materia prima*, y esta misma se definia con la explicacion de la nada, *nec est quid*, etc. Aun la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio, Newton, Muschembreck* y otros, eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aun no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos mas sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles, y lo que le pareció mas probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó; y de este modo fuimos unos verdaderos ecléticos, sin adherir caprichosamente

te á ninguna opinion, ni diferir á sistema alguno, solo por inclinacion al autor.

A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenia quitar, segun la razon y hace ver el ilustrísimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII del tomo VII de su Teatro crítico.

Así como en el estudio de la gramática aprendí varios equívocos impertinentes, segun os dije, como *Caracoles comes; pastorcito come adoves: non est peccatum mortale occidere patrem sum*, y otras simplezas de estas; así tambien en el estudio de las sùmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos de los que hacia mucho alarde con los condiseípulos mas cándidos, como por ejemplo, *besar la tierra es acto de humildad: la mujer es tierra, luego etc. Los apóstoles son doce, S. Pedro es apóstol, ergo etc.*; y cuidado, que echaba yo un ergo con mas garbo que el mejor doctor de la academia de París, y le empataba una negada á la verdad mas evidente; ello es, que yo argüia y disputaba sin cesar, aun lo que no podia comprender; pero sabia fiar mi razon de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por mas quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedia. Podia haberles dicho: á entendimiento me ganarán; pero á griton no: cumpliéndose en mí, cada rato, el comun refran de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete*.

¿Pues qué tal seria yo de tenaz y tonto despues que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque véais á lo que llegan los hombres por las letras. Leed y admirad.

Barbara, Celarent, Darii, Ferio Baralipon
Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesonorum
Cesare, Camestres, Festino, Baroco, Darapti.
Felapton, Disamis, Datisi, Bocardo, Ferison.

¡Qué tal! ¿No son estos versos estupendos? ¿no están mas propios para adornar redomas de botica que para enseñar reglas sólidas y provechosas? Pues hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invencion; porque desatinaba con igual libertad por *Bárbara* que por *Ferison*, pues no producía mas que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas bue á conocerlos y desvanecerlos: antes supe oscurecer la verdad que indagarla: efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahunda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa era silogismo, entimema, sorites, y dilemma. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así despues de disputar harto y seguido sobre las operaciones del entendimiento, sobre la lógica natural, artificial y utente: sobre su objeto formal y material: sobre los modos de saber: sobre si Adán perdió ó no la ciencia por el pecado (cosa que no se le ha disputado al demonio): sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cosicosas de éstas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy contento y satisfecho de que seria capaz de concluir con el *ergo* al mismo Estagirita: ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que segun esto, lo mismo seria meterme á disputar en cualquiera materia, que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo eso, yo estaba mas hueco que un calabozo, y decia á boca llena que era *lógico* como casi todos mis condiscípulos.

No corrí mejor suerte en la física. Pero me entretuve en distinguir la particular de la universal: en saber si ésta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquella se contraía á ciertas especies determinadas. Tampoco averigüé qué cosa era física experimental ó teórica, ni en distinguir el experimento constante del fe-

nómeno raro, cuya causa es incógnita: ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica*, cuáles las leyes del movimiento y la quietud, qué significaban las voces *fuerza*, *virtud*, y cómo se componian ó descomponian estas cosas: menos supe qué era *fuerza centripeta*; *centrífuga*, *tangente*, *atraccion*, *gravedad*, *peso*, *potencia*, *resistencia*, y otras friolerillas de esta clase: y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supe qué cosa era *estática*, *hidrostática*, *hidráulica*, *aerometría*, *óptica*, y trescientos palitroques de estos; pero en cambio disputé fervorosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida ó no: sobre si la trina dimension determinada era su esencia, ó el agua: sobre si repugnaba el vacío en la naturaleza: sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alharacas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabian, ó por mi poca aplicacion, que seria lo mas cierto, yo no entendí palabra de ésto; y sin embargo decia al concluir este curso, que era *físico*, y no era mas que un ignorante patarato; pues despues que sustenté un actillo de física de memoria, y despues que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfaccion en cualquiera concurrencia, temo que me mochen si hubiera sabido esplicar en qué consiste que el chocolate dé espuma mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo; por qué se enfria una taza de caldo ú otro licor soplándola, ni otras cosillas de estas que traemos todos los dias entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decia yo que sabia metafísica y ética, y por poco aseguraba que era un nuevo Salomón despues que concluí, ó concluyó conmigo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio, tiempo que se aprovechara mejor con menos reglitas de súmulas, algun ejercicio en cuestiones

útiles de lógica, en la enseñanza de lo muy principal de metafísica y cuanto se pudiera de física, teórica y experimental.

Mi maestro creo que así lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse, y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoylos, si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro, es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razon, cualidades ocultas, formalidades, heceidades quiddades, intensiones*, y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendían explicar todo aquello que se escapaba á su penetración. “Es verdad, (diremos con Juan Buchardo Mecknio) “que no se oyen ya en nuestras escuelas estas cuestiones con la frecuencia que en los tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del todo? ¿Están enteramente limpias las universidades de las heces de “la barbárie? Me temo que dura todavía en algunas la tenacidad de “las antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraigada en cosas que bastan para detener los progresos de la verdadera sabiduría.” Ciertamente que la declamación de este crítico tiene mucho lugar en nuestro México.

Llegó por fin el día de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfacción, y quedé grandemente, así como en mi oposición á toda gramática; porque como los réplicas no pretendían lucir, sino hacer lucir á los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que á dos por tres se daban por muy satisfechos con la solución menos nerviosa, y nosotros quedábamos mas anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenían instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!

Ello es que así que asado, yo quedé perfectamente, ó á lo menos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoro y retumbante título de *baccalaureo*, y quedé aprobado *ad omnia* (1). ¡Santo Dios! ¡Qué

(1) *Para todo*: Con esta frase se designan en el Título los que pueden á virtud de él seguir cursando cualquiera de las facultades mayores; á distinción de cuando no es la aprobación general, pues entonces no se pueden cursar sino las facultades expresadas en el Título. --E. E.

día fué aquel para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando colocado frente de la cátedra en medio de dos señores bedeles con mazas al hombro, me oí llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general, y nada menos que por un señor doctor, con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme, ó á lo menos volverme loco de gusto. Tan alto concepto tenía entonces formado de la bachillería, que aseguro á vds. que en aquel momento no hubiera trocado mi título por el de un brigadier ó mariscal de campo. Y no creais que es hiperbólica esta proposición, pues cuando me dieron mi título en latin y autorizado formalmente, creció mi entusiasmo de manera, que si no hubiera sido por el respeto de mi padre y convidados que me contenía, corro las calles como las corrió el Ariosto cuando lo coronó por poeta Maximiliano I. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva escitación de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes ó dementes!

Llegamos á mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales luego que entré me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí mas esponjado que un guajolote; ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales y nos entramos á la sala donde se habia de servir el almuerzo, que era el centro á que se dirigian los parabienes y ceremonias de aquellos comeditísimos comedores. Creedme, hijos míos, los casamientos, los bautismos, las cantamisas y toda fiesta en que veais concurrancia, no tienen otro mayor atractivo que la *mamuncia*. Sí, la *coca*, la *coca* es la campana que convoca tantas visitas, y la bandera que recluta tantos amigos en momentos. Si estas fiestas fueran á secas, seguramente no se vieran tan acompañadas.

Y no penseis que solo en México es esta pública gorronería. En todas partes se cuecen habas, y en prueba de ello, en España es tan corriente, que allá saben un versito que alude á esto. Así dice:

*A la raspa venimos,
Virgen de Illescas,
A la raspa venimos,
Que no á lo fiesta.*

Así es, hijos, á la raspa vá todo el mundo y por la raspa, que no por dar dias ni parabienes. Pero ¿qué mas? Si yo he visto que aun en los pésames no falta la raspa, antes suelen comenzar con suspiros y lamentos y concluir con bizcochos, queso, aguardiente, chocolate ó almuerzo, segun la hora: ya se ve, que habrán oido decir que los dueños con pan son menos, y que á barriga llena corazon contento.

No os disgusteis con estas digresiones, pues á mas de que os pueden ser útiles, si os sabeis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que ésta es fruto de la inaccion en que estoy en esta cama, y no de un estudio serio y meditado; y así es que voy escribiendo mi vida segun me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudicion que puedo en este triste estado: asegurándoos sinceramente que estoy muy léjos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa y entretenida, y bebiérais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudicion. Entonces si estaria contento y habria cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, segun Horacio, y conforme mi libre traduccion:

*De escritor el oficio desempeña,
Quien divierte al lector y quien lo enseña.*

Mas en fin, yo hago lo que puedo, aunque no como lo deseo.

Sentámonos á la mesa, comenzamos á almorzar alegremente, y como yo era el santo de la fiesta, todos dirigian hácia mí su conversacion. No se hablaba sino del niño bachiller, y conociendo cuán contentos estaban mis padres, y yo cuán envanecido con el tal título, todos nos daban no por donde nos dolia, sino por donde nos agradaba. Con esto no se oía sino: tenga vd., bachiller: beba vd., bachiller: mire vd., bachiller: y torna bachiller, y vuelve bachiller, á cada instante.

Se acabó el almuerzo: despues siguió la comida, y á la noche el bailecito, y todo ese tiempo fué un continuo *bachilleramiento*. ¡Válgame Dios y lo que me *bachillerearon* ese dia! hasta las viejas y criadas de casa me daban mis *bachillereadas* de cuando en cuando. Finalmente, quiso la Majestad Divina que concluyera la frasca, y con ella tanta bachillería. Fuéronse todos á sus casas. Mi padre quedó con sesenta ó setenta pesos menos, que le costó la funcion; yo con una presuncion más, y nos retiramos á dormir, que era lo que faltaba.

A otro dia nos levantamos á buena hora; y yo que pocas antes habia estado tan ufano con mi título, y tan satisfecho con que me estuvieran regalando las orejas con su repeticion, ya entónces no le percibia ningun gusto. ¡Qué cierto es que el corazon del hombre es infinito en sus deseos, y que únicamente la sólida virtud puede llenarlo!

No entendais que ahora me hago el santucho y os escribo estas cosas por haceros creer que he sido bueno. No: léjos de mí la vil hipocresía. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postulado en esta cama, no soy lo que debia; mas esta confesion os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder el mismo vicio; de suerte que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguos estra-

víos [lo que Dios no permita] no me desdeciré de lo que ahora os escribo, antes os confesaré que hago mal; pero conozeo el bien, segun se espresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fúme en efecto.....

CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller dá raz on de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.



LEGUE á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, así de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y despues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito, ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado. Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, segun noticias. Así es, señora la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por política le respondí: si señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad co-

mo en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, segun nos ha dicho Januario.

Este Januario era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal salí yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fué mi eterno ahuzote [1] y mi sombra inseparable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres: salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enriquez: salió de allí, salió él: entré á San Tldefonso, entró él tambien: me gradué, y se graduó en el mismo dia.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado: pero como en mi consabida escuela era constitucion que nadie se quedara sin su

[1] Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuítzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicacion del templo principal de México, mas de 64.000 víctimas humanas, segun dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro dias que duró la fiesta fueron sacrificados 72.344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresion en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuítzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquier género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy exajerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algún error ó en la numeracion de los MS. que tuvieron presentes los AA., ó en la interpretacion de las cifras y geroglíficos de los mexicanos, ó en la significacion de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siempre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Ahuítzotl en esta ocasion debió de escandalizar á sus vasallos, dando origen á la frase.